

Menos Hijos Para Estudiar Mejor a Mao

- ★ Con la Esterilización no se Afectará el Proceso Ideológico
- ★ La Acupuntura y el Libro Rojo Aniquilan el Dolor del Paciente
- ★ La Obra del Líder, más que Talismán y Esperanza y Toda Posibilidad

Por JULIO SCHERER GARCIA

— VI —

Sept 11

PEKIN, septiembre de 1971. — Yace en la mesa, de operaciones Li Shi-sun. Cuatro agujas en las piernas, dos en el estómago, unidas a una especie de red, de alambres amarillos, adormecerán la sensibilidad, sin que el enfermo pierda la conciencia. Los médicos podrán cortar, sangrar. Jóvenes practicantes y un grupo de extranjeros rodean, cercan el lecho para no perderse detalle. Los ojos de Li Shi-sun miran con ansiedad. Parecen manos. Querrían asirse a algo.

“El sistema chino de acupuntura no necesita de aparatos complejos. Es muy útil en tiempos de guerra. Además, como el enfermo está en todo momento consciente, puede cooperar con los cirujanos”, explica el doctor Li Shan-chung, vicepresidente del Comité Revolucionario del Tercer Hospital Subordinado del Instituto de Medicina de Pekín.

Cuando el bisturí penetra la piel y la desgaña, Li Shi-sun sabe lo que ha ocurrido. Abrillantan su rostro infinitas gotas de sudor que escurren y empapan el cojín sobre el que reposa la cabeza. Entonces advertimos: al lado, más que talismán, descansa el Libro Rojo del Presidente Mao Tse-tung; es

peranza en la vida, seguridad en la propia fortaleza, todas las posibilidades abiertas, la proeza, si hiciera falta.

Sigue el doctor Li Shan-chung nuestra mirada. Comenta:

“Gracias al pensamiento del Presidente Mao Tse-tung sabemos que la medicina y la farmacología son un gran campo de acción que es preciso elevar a nivel superior en favor de las masas”.

Pasamos a otra sala de operaciones. Médicos y paciente, lúcido este último, repiten la escena. En pleno trabajo, los cirujanos cortan, se entregan pinzas, introducen gasas, secan. No hay titubeos, un segundo sin acción. Ajenos al frío, agobiante ataque contra su vientre, seguimos atentos a la cara del enfermo, al cojín, al Libro Rojo, resplandeciente como rubí sobre el blanco de la sábana.

Volvemos el rostro al médico que nos atiende.

“La fortaleza del paciente y el conocimiento de los médicos —explica— tienen su origen en la aplicación viva del pensamiento de nuestro gran líder y gran guía Mao Tse-tung”.

SIGUE EN LA PAGINA DOCE

Menos Hijos Para Estudiar Mejor a Mao

Sigue de la primera plana

Mao, ya no es sólo el hombre que repartió la tierra y levantó las fábricas, acabó con el hambre y venció el frío. No es sólo la política ni el aparato estatal, ni la regla de conducta ni la imagen del chino. Es también la vida íntima, profunda. Es la creencia. La fe.

¡MIL MILLONES DE CHINOS?

Entre cuatro paredes encaladas, una mesa cubierta con mantel de hule, sillas rústicas, como el piso de cemento, las doctoras Ku Fang-ying y Li Fay-Ming ahondan el problema de la demografía.

Desconocen detalles de la realidad nacional y acerca del pasado, ideas vagas no consiguen poner orden cabal en sus cabezas. Saben con certeza, en cambio, de un imperativo: contener la impresionante carrera, que podría hacer de China, mucho antes del año 2,000, un país con más de mil millones de habitantes.

Acerca de estos asuntos había existido un velo. Las autoridades no aclaraban sus propósitos y circulaban por el mundo toda suerte de versiones.

China tiene 750 millones y los límites para el futuro son definidos: un desarrollo no mayor del 0.2 por ciento anual.

Las doctoras Ku y Li abundan en pormenores: el hospital realiza todos

los esfuerzos posibles para difundir ideas y principios acerca del anticonceptivismo. Han de iluminar la vida de los chinos igual que rayos de sol, igual que las palabras de Mao Tse-tung. En Pekín y en las grandes ciudades el problema del convencimiento es fácil. Surgen complicaciones cuando se piensa en fábricas apartadas, en comunas perdidas de ese país, más que continente, mundo.

Los rostros sonrientes, las actitudes apacibles, los pausados, lentos sorbos de té, confieren sonoridad a estas palabras:

"Practicamos cada día con mayor éxito y en mayor número la esterilización. Cuando el matrimonio tiene dos o tres hijos y voluntariamente le pide, para él o para ella, actuamos. Las operaciones se practican sobre todo en la mujer, pero son particularmente sencillas en el varón. Tratamos de extenderlas también a él".

Se abre una pausa. La rompe la doctora Ku:

"China necesita de familias con pocos hijos".

Li Chen-chung confirma con movimientos de cabeza la explicación de su colega:

"Hemos de concentrar todo nuestro esfuerzo en la construcción de la revolución socialista. Sin tiempo para estudiar las obras del Presidente Mao, quienes tienen muchos hijos se ven afectados en su progreso ideológico".